

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL ¿QUÉ ME DECÍAS?

Para R.V., otra vez.

¿De qué iba a escribir?, ¿de qué? Ah, sí, del olvido. ¿Y qué iba a decir?, algo iba a decir, pero no me acuerdo. Cosa curiosa, ¿no?, recuerdo que algo se me olvidó, pero no qué cosa se me olvidó. Es decir, recuerdo un hueco, un nicho vacío. Tengo lo que San Agustín llamó “memoria del olvido”, eso que nos sucede cuando decimos, por ejemplo, “¿qué tenía que hacer?, yo algo tenía que hacer...”. Está el marco, pero no hay cuadro, en su lugar hay un signo de interrogación, una nada. ¿De qué estábamos hablando? Sí, a veces no me acuerdo ni de qué no me acuerdo; el olvido, cuyo apetito es omnívoro e insaciable, ha incurrido en un acto de canibalismo y se tragó también la noticia del olvido.

Ausencia quiere decir olvido
Decir tinieblas, decir jamás...

De pronto vino a mi memoria esta canción y empecé a canturrearla para mis adentros. Vino porque quiso, yo no la invité, y llegó fragmentaria: no me acuerdo de nada más y como está parece un torpe haikú. Creo que es cubana, pero no me acuerdo. ¿Me acuerdo de algo cuando digo esto? Cuando digo “creo que es cubana”, ¿estoy diciendo “creo que me acuerdo de que es cubana”? Me acuer-

do o no me acuerdo. Me acuerdo, pero mal, la memoria es sumamente falible, en extremo incierta. Es perfectamente posible que crea honestamente que me estoy acordando de algo que, en realidad, estoy inventando de principio a fin, ¿cómo es esto posible?

Lo que imagino y lo que recuerdo no tienen ninguna marca de fábrica y no es posible distinguirlos sin recurrir a cosas exteriores. Recuerdo la primera vez que vi el mar, pero puedo estar inventándolo. Necesito preguntar a mis tías (mis abuelos ya murieron) y me dicen que sí, que tenía como seis años y que mi reacción al ver el mar fue tal y cual. El recuerdo tiene que probar que de verdad, que realmente sucedió eso que nos está contando. Esa prueba solo puede venir del libreto exterior que comparto con los demás. Tan historiador es Michelet escribiendo sobre la Revolución francesa como tú que aseguras que ya te dio el sarampión.

¿De qué estábamos hablando? Perdí el hilo... Sí, hablábamos de que a veces olvido lo que quiero traer a la memoria y recuerdo lo que no viene al caso. No me acuerdo de cómo se llama el animal ese que está delante de mí y me acuerdo con nitidez del mapa de Australia que iluminé para la escuela. ¿Por qué recuerdo eso? ¿Será por la novela *El continente misterioso*, de Salgari, que leí en cama, enfermo, y que tanto me gustó? Pero mi recuerdo del contenido de la novela es, otra vez, extraño: recuerdo que la leí y que me gustó, casi todo lo

demás está olvidado. Vuelve la agustiniana memoria del olvido, pero en otro contexto. No, no es posible que no me pueda acordar de nada más de la novela. A ver, voy a escarbar (observen que la metáfora de lo enterrado es muy usual cuando hablamos de memoria). El relato es acerca de dos personas que tienen que cruzar Australia. ¿Van huyendo?, no me acuerdo. Estoy seguro (?) de que no eran ni deportistas ni exploradores. Que sean dos es muy probable, dado que a Salgari le conviene que haya diálogos, pero, ¿por qué no tres? No me acuerdo si son dos o tres.

Cuando queremos recordar, razonamos mucho. El hilo del recuerdo se ramifica automáticamente con razonamientos. No puede presentarse solo y desnudo, se viste con razonamientos. Y es muy adhesivo, se pega a todo lo que puede. Quiere construir una estructura. Por eso se equivoca tanto. Dicho de otro modo, no se recuerdan datos, cosas aisladas, se recuerdan estructuras. Y, por lo tanto, podemos olvidar pedazos de esa estructura. Un recuerdo es como una ruina arqueológica donde faltan pedazos, pero algo se reconoce, por ejemplo, una estatua sin cabeza ni brazos, pero estatua al fin, donde cabeza y extremidades son deducibles a partir del tronco que sobrevive.

Entonces, no solo puede, sino tiene que haber memoria del olvido, porque no se recuerdan cosas aisladas sino organizaciones de cosas. Un ejemplo famoso de esta verdad es este: si te pido que

retengas en tu memoria doce palabras sueltas, te va a costar mucho trabajo, es mucho más fácil recordar la organización “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme”, que tiene también doce palabras, pero estructuradas. Y a propósito, ¿puedes olvidar a voluntad? ¿Tiene sentido el “no quiero” antes del “acordarme”?

¿Qué más iba a decir? —

— HUGO HIRIART

IDIOSINCRASIA

¡VIVA CHILE, MIERDA!

*¿No hay Viva entre nosotros sin su
[Mierda, compañeros?]*

*La una para el esclavo, la otra para el
[encomendero.]*

*La una para el que explota salitre,
[cobre, carbón, ganado;]*

*la otra para el que vive su muerte
[subterránea de minero.]*

Fernando Alegría (1965)

La cápsula Fénix 2 sacaba de las profundidades al último minero. En el paisaje desértico, con la NASA ayudando y mientras se transmitía el suceso a medio mundo, se diría que el primer astronauta chileno acababa de alunizar. “¡Viva Chile, mierda!”, gritó el presidente Piñera. Millones de telespectadores quedaron perplejos, supongo. ¿Mierda? Solo conozco un grito nacional con más doble filo: el comentado por Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*: “¡Viva México, hijos de la chingada!” Viva Chile, gritamos nosotros, a pesar de la miseria que nos frecuenta. Proclamamos nuestro orgullo, junto con nuestra insatisfacción.

Últimamente los chilenos en el extranjero escuchamos demasiado, y con cierto embarazo, esta pregunta: ¿cómo ha hecho ese país pequeño, pobre y lejano, para destacar en su región? Me gusta esta respuesta: recordando lo que nos falta al celebrar lo que hemos logrado. Recordando que Chile, ese largo sable que cuelga al costado de América del Sur, tiene mucho doble filo.

Codelco, la mayor cuprífera del mundo, coordinó el rescate. Sus operarios son llamados la “aristocracia obrera” por sus salarios y privilegios (desmedidos). Mientras, en la otra punta del país y de la sociedad chilena, 34 mapuches, condenados por delitos violentos, ayunaban al borde de la muerte. Crecen las diferencias entre “chilenos de exportación” y otros que a duras penas salen de la colonia. Una mayoría está mejor. Pero en los márgenes hierven los rencores. Un incipiente separatismo indígena (con ramificaciones violentas, algunas animadas por ONG cercanas a ETA) desafía a un país que rehúsa llamarse mestizo.

En las últimas dos décadas Chile ha crecido alrededor de un 5% anual, en promedio. Excelente marca, con doble filo. Crecimiento no es lo mismo que desarrollo. Cuando el gobierno promete unirnos al primer mundo en 2018, parece olvidarlo. No se sabe de ningún país que haya emergido del subdesarrollo solo exportando minerales y productos agroindustriales. Para producir bienes y servicios más sofisticados necesitaríamos mejor educación. Y sí, la educación preocupa al país pero, según las encuestas, ser profesor carece de todo prestigio social. Desprecio coherente con una veneración del éxito material donde la cultura tiene, por decirlo suavemente, una importancia decorativa. La inversión en cultura es de apenas un 0.4% del gasto público total.

El día del rescate recibí mensajes y llamadas de amigos extranjeros felicitándome. Como si yo también hubiera tirado de la polea que izaba la Fénix 2. (¿Y qué pasó con la número 1?) Tanto reconocimiento inmerecido me hizo recordar esa frase de Jacques Vaché, que Cortázar pone como epígrafe de Rayuela: “Rien ne vous tue un homme comme d’être obligé de représenter un pays.” Librementemente: Nada gasta tanto a un hombre como ser obligado a representar un país.

El brillante rescate de los mineros no representa a todos los “filos” de Chile. Ya salvadas las víctimas, con más calma, reconoceremos que fue menos



Piñera: gestos de solidaridad y oportunismo.

una gesta colectiva, que un gesto revelador. Ingeniería compleja y meritosa que sugiere voluntad, solidaridad y eficiencia. Pero que no entraña una épica de la sociedad chilena. La solidaridad ha sido notable, pero también lo ha sido otro doble filo: el sentido de oportunidad.

Debiera considerarse lógico que una potencia minera mundial, capaz de extraer riqueza de profundidades recónditas, carbón de vetas submarinas y oro hasta de abajo de los glaciares, sea capaz de sacar a unos cuantos hombres de su enterramiento. Lo contrario debería ser la novedad. Pero el negocio mediático global prefiere noticias en capítulos, folletines que garantizan más avisaje. Y el presidente Piñera, con su reconocido olfato para comprar gangas (palabra minera, por lo demás), no iba a perderse esa oportunidad. Por los 15 millones de dólares que costó el rescate tuvimos, además, una campaña mundial de “Imagen País” que solo algunos emiratos podrían pagar. Eficiencia que no cabe culpar. Y que, al revés, sugiere la habilidad para hacer buenos negocios desarrollada por una parte significativa de la sociedad chilena (bien por ella).

El último minero en salir, el jefe de turno durante el accidente, se paró frente a Piñera y le dijo, secamente: “Le entrego el turno, presidente.” Frase con un retintín militar, reveladora de esa verticalidad excesiva que lastra la organización del trabajo en Chile. Pero también palabras llenas de sentido. Para mineros viejos, como Luis Urzúa, Chile ha cumplido. Puede gritar “Viva Chile, mierda”, con todo derecho. Comparado con la prehistoria de los pirquineros, cuando él empezó, este rescate es de

ciencia ficción. Ahora es el turno de los jóvenes. ¿Podrá Chile sacarlos de la cueva de su escasa educación? La cápsula Fénix 2 es un juguete, comparado con la astronave “Fénix 2018” que debería rescatar, por esas fechas, a los millones que sueñan con la economía de la información pero apenas conocen una economía de extracción.

Tras oír al viejo minero, Piñera selló el pozo con una pesada tapa de hierro. Doble filo, asimismo, en el clímax de este drama. Para salir del agujero que aún debemos trepar, lo primero es no tapanlo. Su abismo abierto debe recordarnos cuánto nos falta por superar. No vayamos a creer que hemos salido cuando apenas vamos subiendo.

En Chile al engreído le dicen que “se cree la muerte”. Sabiduría popular: se puede morir de éxito. En la Encuesta Nacional Bicentenario, publicada hace poco, inquietaba el aumento de un patriotismo narcisista. Muchos se consideran no solo diferentes sino mejores que nuestros vecinos. En nuestras naciones sabemos demasiado cómo el orgullo provinciano degenera en nacionalismo involutivo.

El brillante rescate de los mineros ha incrementado ese nacionalismo pueril. Autoindulgencia cursi que ha justificado tantos populismos y caudillos en Latinoamérica. Lo peor de ese patriotismo, intelectualmente indigente, es que ni siquiera equivale a una conciencia nacional. Ese nacionalismo de bandera y lagrimón sirve para alardear, pero no para defender lo que ignoramos poseer. Por ejemplo, nuestra lengua. Millones de telespectadores en nuestro idioma —además de asombrarse por esa “mierda” en nuestro grito nacional— habrán percibido la sorprendente escasez del vocabulario chileno. Pobreza que cala de arriba abajo, de presidente a pirquinero. Lo habrán atribuido, generosamente, a nuestra proverbial parquedad, o al nudo en la garganta de esos momentos. Me temo que el nudo es más permanente, casi gordiano. De las 88,000 palabras (lemas o entradas) que contiene el diccionario, el chileno medio conoce menos de un 1%. Y apenas uti-

liza una fracción de ellas. El 90% de los chilenos con educación superior terminada no comprende totalmente un texto sencillo (estudio internacional SIALS). Esta carencia, generalizada, constituye el estrato de roca dura que se interpone entre nuestras esperanzas y ese desarrollo “a la vuelta de la esquina” que prometen nuestros líderes. Afectados ellos, a su vez, por una amnesia histórica sería. Una barrera parecida, de incomunicación entre las élites y el pueblo, fue responsable, en gran medida, de que los proyectos liberales ilustrados de hace un siglo fracasaran, desde México a Argentina y Chile. El proyecto liberal chileno está chocando con esa roca y ni siquiera nuestras grandes mineras y sus ingenieros de élite disponen de la perforadora gigante necesaria para atravesarla.

Arriesgado recordar esos otros “filos” de mi país entre tanta euforia patriótica. No solo en Chile: también es arriesgado hacerlo en el extranjero, donde algunos amigos acarician tanto a este “niño prodigio latinoamericano” que tildan de agua-fiestas al que matiza sus virtudes. Varias veces he soportado esta condescendiente objeción: “Para qué subrayar los defectos chilenos si, para ser latinoamericanos, ustedes no están mal.” Ese tipo de solidaridad primermundista es casi peor que la otra, la usual: “Nosotros no quisiéramos tener un Fidel o un Chávez pero, dada la pobreza e injusticia de ustedes...” No, señor, Chile y Latinoamérica quieren y pueden aspirar a algo más que no ser peores. Y de hecho, lo hacemos todos los días.

En el último capítulo del culebrón, cuatro días después del rescate, la prensa mundial, que aún acechaba por allí, acudió a una misa de agradecimiento. Se encontraron con una sorpresa. Un piquete de mineros que protestaban: “¡No somos 33, somos 300!”, refiriéndose al resto del personal, que quedó desempleado con el hundimiento de la mina. Tanto periodista “acreditado” y casi no los habían visto.

No son 33, ni tampoco 300. Son dos millones y medio, más o menos, los que aun viven en la miseria en Chile.

Y muchos más los que crecen en una pobreza menos urgente pero más difícil, porque será más larga: la de nuestra ignorancia.

El nacionalismo es otro filo de la ignorancia. No es el laurel de nuestros logros, sino el opio que nos conforma con nuestras carencias. Los países retroceden cuando creen haber llegado. La mejor virtud chilena fue su inseguridad de país pobre, que lo empujaba a superarse a sí mismo, antes que a otros. Ojalá que Chile no pierda ese filo. —

— CARLOS FRANZ

ELECCIONES

NO HAY BASTIONES CHAVISTAS

Lo mejor que tiene un petroestado —según se mire, claro— es la movilidad social.

Gracias a ella escapé hace treinta años del barrio en que nací, pero sigo registrado en el padrón electoral venezolano como habitante del Prado de María, Parroquia Santa Rosalía del Departamento Libertador. Vuelvo allí en cada elección en plan de turismo sociopolítico, así que cada elección —hemos tenido catorce en estos once años de chavismo— se torna para mí también en peregrinaje sentimental al barrio de mi adolescencia y primera juventud.

La poética del lugar es la misma que podría tener Santa María la Ribera, en la ciudad de México, luego de un bombardeo de saturación con fósforo líquido. La recolección de basura falla crónicamente —la gente ha optado desde hace años por quemarla en las calles— y no se ha visto una cuadrilla de bacheo en una década.

No volvía allí desde las elecciones regionales de 2008, cuando la oposición propinó a Chávez un auténtico varapalo al vencer con holgura en las zonas más pobladas del país: el estado petrolero de Zulia y el de Táchira, ambos en la frontera con Colombia; en el Distrito Capital, sede de la Alcaldía Mayor de Caracas;



La oposición derrota a los intimidadores chavistas.

en el estado intensamente industrial de Carabobo; en el de Nueva Esparta que es el nombre oficial de la paradisíaca isla de Margarita. Y en uno de singular importancia: Miranda, uno de los más extensos del país, que comparte con el Distrito Capital el confín oriental de Caracas, donde se extiende la vasta, populosa sábana de violentas y empobrecidas favelas conocida como Petare. Allí viven tres millones de personas.

Hasta aquella ocasión, hace apenas dos años, Petare y su homólogo occidental, la parroquia de Catia, eran bastiones del chavismo y esto hasta el punto de estarle vedados, absolutamente vedados a cualquier candidato opositor que osare hacer una caminata propagandística. Bandas de matones motociclistas armados hasta los dientes con armas automáticas y nombres sacados del panteón revolucionario latinoamericano –“Colectivo Che Guevara”, “Brigada Camilo Torres”– les habrían salido al paso y, a la vista de una atemorizada policía metropolitana, lo habrían hecho objeto de escarnios, violencia verbal y vejámenes de esos que te dejan contuso.

Con todo, en ambos territorios la oposición se alzó entonces con las más importantes alcaldías caraqueñas. En el caso de Petare, el alcalde opositor, Carlos Ocariz, del partido de centro-derecha “Primero Justicia” parece un *preppy* harvardiano cuya gestión, aun embarazada por la negativa de Chávez a darle los recursos a que constitucionalmente tiene derecho, ha sido sumamente exitosa y quien, a pesar de no ser nativo, ha consolidado a Petare como zona opositora caraqueña por excelencia.

A pesar de lo que Ocariz ha hecho,

con muy escasos recursos, en materia de salud y servicios, Petare es el distrito más violento de la capital suramericana del homicidio de fin de semana.

En Catia, al oeste, donde viven casi dos millones de seres de los ocho que habitan la llamada Gran Caracas, la cosa no es menos violenta. Una de sus parroquias, la de los multifamiliares del “23 de enero”, alberga todavía los grupos irregulares armados más temidos de la capital. Se dicen “guardianes de Chávez”, reproducen en un ámbito de doce manzanas las mismas relaciones que las FARC colombianas mantienen con el narcotráfico, y protagonizan las mismas sangrientas batallas por el control de territorios y mercados que las “gángas” centroamericanas. Todo a tiro de piedra del Palacio Presidencial de Miraflores.

Pues bien, luego de votar me fui a Catia, donde debía unirme al equipo de apoyo logístico de uno de los candidatos de oposición, concretamente en el “Circuito #1” de la Parroquia Sucre: una demarcación electoral que tiene por centro otro afamado conjunto multifamiliar: Lomas de Urdaneta. Como cabe imaginar, quedan todavía allí bolsones de malandra y motociclista violencia revolucionaria.

Luego de la victoria opositora de 2008, Chávez dispuso no solo que, gracias a fulleros tecnicismos legales, se les negase en lo sucesivo recursos presupuestarios y se les arrebatasen potestades a todas las gobernaciones y alcaldías opositoras sino que, previendo males mayores, logró que la Asamblea Nacional, por entonces unánimemente chavista, aprobase una ley electoral que reconfiguró la geografía electoral con el método del “gerrymandering”.

Así, se otorgó primacía a la extensión territorial y no a la densidad poblacional a la hora de asignar el número de representantes al parlamento unicameral. Para decirlo rápido: el vasto, remoto y despoblado estado Amazonas, por ejemplo, necesita tan solo cincuenta mil votos para elegir un diputado, mientras que el más pequeño pero muy poblado

estado petrolero de Zulia requiere juntar cuatrocientos mil votos para elegir un representante.

El candidato opositor del “Circuito #1” es Iván Olivares, un extraordinario jugador de baloncesto, la estrella hoy retirada de los imbatibles “Trotamundos de Carabobo” y ex concejal por el partido “Primero Justicia”. Mi tarea era la de asegurar a los testigos de mesa electoral provisión suficiente de sándwiches y tarjetas de prepago para telefonía móvil.

Olivares no ganó su diputación pero me brindó ocasión de constatar que las barriadas tenidas por aguerridos bastiones chavistas han dejado de serlo. O quizá nunca lo fueron y simplemente estaban acoquinadas por el miedo.

Tres días antes de los comicios, en la última jornada de recorrido por el sector, Olivares y sus acompañantes se vieron de pronto rodeados por media docena de motociclistas armados. A gritos y a punta de pistola se les dijo que no podían circular por allí porque eso era “zona liberada” –el chavismo ha hecho suyo un guevarista lenguaje de guerrilla rural de los años sesenta.

Olivares hizo valer gallardamente el haber nacido en la zona y que nada iba a impedirle circular por su barrio natal. Luego de algunos empujones verbales, la banda de intimidadores se retiró del sitio. Había ocurrido algo nunca antes visto en Lomas de Urdaneta: los airados vecinos, muchos de ellos claramente identificados con Chávez, los apostrofaron –prudentemente, lo hicieron desde lejos, pero los apostrofaron– y exigieron respeto para el candidato opositor.

¿He dicho que todo esto ocurría en una de las empinadas colinas que rodean Caracas? Unas cuantas cuadras más abajo, a punto ya de terminar su recorrido, los guardianes de la revolución bolivariana volvieron a rodear a Olivares y su séquito. Pero esta vez traían una rama de olivo: “Pana, perdona la vaina de hace un rato, pero es que tú sabes cómo es: de esto es que vivimos, bróder”, le dijo el que fungía de jefe. Conversaron cordialmente un rato y se despidieron.

El día de las elecciones, los intimidadores de oficio volvieron a dejarse ver en sus atronadoras motos embanderadas con la enseña roja del PSUV, increparon a Olivares cuando se disponía a votar, lo intimaron a irse del sitio con el mismo cuento de “zona liberada”, hubo un cambio de palabras airadas y la intervención de la Guardia Nacional puso fin al incidente. Para mí que fue teatro de calle.

Incidentes como este menudearon durante toda la campaña en los barrios capitalinos que alguna vez fueron impenetrables para la oposición. El 26 de septiembre el chavismo perdió mucho más que un tercio de la Asamblea: pese a la tramposa reconfiguración de la geografía electoral, el chavismo perdió la mayoría en votos nacionales. La oposición obtuvo el 52% de los votos absolutos.

Los camaradas motociclistas lo saben ya, a dos años de las presidenciales. ¿Se habrá percatado Chávez de ello? —

— IBSEN MARTÍNEZ

CARTA DESDE MONROVIA

LA SEÑORA PRESIDENTA

Entrevista con Ellen Johnson Sirleaf

1 Aunque la guerra civil en Liberia baya (oficialmente) terminado hace más de un lustro y su depuesto caudillo de la muerte, Charles Taylor, enfrente un proceso por crímenes de lesa humanidad en La Haya, con el testimonio de Naomi Campbell de por medio, la capital del país, Monrovia, nombrada en honor del extinto mandatario estadounidense James Monroe, el mismo de la doctrina, sigue siendo un escenario desolador. Cortes constantes, si no es que permanentes, de energía eléctrica; ausencia intermitente de agua potable y alcantarillado; calles sin asfaltar; viviendas construidas con láminas y cascajo; hambre; enfermedades; ignorancia; desamparo y miles de miradas perdidas que gritan, silenciosas, justicia.

La Monrovia del siglo XXI es a simple vista un paraje mucho más salvaje y agreste del que



Johnson Sirleaf, un nuevo rostro para las esperanzas.

encontraron en 1821 los esclavos emancipados venidos desde el otro lado del Atlántico con una premisa neocolonialista y evangelizadora, bajo el auspicio del puritanismo americano que, so pretexto de devolverles la libertad, buscaba librarse de su presencia. No obstante, la Liberia de nuestros días es gobernada por una mujer, Ellen Johnson Sirleaf, la primera en ostentar semejante cargo en el continente africano por mor de la democracia.

2 Son las cuatro de la tarde y el calor abruma, la humedad desquicia. Durante las últimas 24 horas no ha dejado de llover a cántaros. La señora presidenta me recibe en su despacho, ubicado en la décima planta del Ministerio de Relaciones Exteriores, un dilapidado edificio ubicado en el “corazón” gubernamental de Monrovia, adyacente a la monumental y abandonada Mansión Ejecutiva, otrora sede presidencial, en desuso por peligro de derrumbe desde el fin del cruento conflicto armado que atravesó el país. “Bienvenido a Liberia”, su discreta sonrisa, acompañada de un firme apretón de manos y de la citada frase, es la misma con la que me saludó el día anterior en el avión de línea que compartimos desde Bruselas, gesto que repitió con cada uno de los pasajeros previo al aterrizaje. “Siempre viajo en aerolíneas comerciales. Liberia es un país pobre y tener un avión presidencial no es en absoluto una de nuestras prioridades.” Más allá del género, la ex funcionaria del Banco Mundial y del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo es, al parecer, una jefe de Estado africana atípica.

Johnson Sirleaf fue noticia de primera plana en el mundo entero cuando en octubre de 2005 fue declarada vencedora del proceso electoral que siguió al conflicto civil en su país. La mujer que derrotó al futbolista George

Weab, su arduo contrincante en aquellos comicios, para convertirse en el nuevo rostro de la esperanza en el continente del olvido. Ese triunfo fue la coronación a toda una vida de activismo social y político que en más de una ocasión hizo de Johnson Sirleaf una exiliada y presa de conciencia. A cinco años de distancia, y con 72 de edad recién cumplidos, esa misma mujer de baja estatura que porta turbante y se viste con telas teñidas a mano inicia su último año en el poder sin dejar de lado la polémica (ha anunciado sus intenciones de reelegirse).

Mientras la mitad de África festeja medio siglo de vida independiente, para Johnson Sirleaf las cosas “apenas empiezan”. Ya lo dice el dicho, “más sabe el diablo por viejo que por diablo”. En 2010 Liberia conmemoró su 163° aniversario como nación “libre y soberana”; algo de eso tendrá que enseñarles a sus quincuagenarios vecinos.

3 En un país como Liberia, recién salido de un largo y doloroso conflicto armado, ¿qué viene primero: la educación, la salud, el combate a la pobreza, la reconstrucción de las instituciones, la mujer, la infancia, el respeto a los derechos humanos?

Dado el nivel de devastación que enfrentamos, en Liberia todo se convirtió en prioridad. Sin embargo, la escasez de recursos humanos y financieros nos llevó a priorizar dentro de las prioridades, aunque ello significara dejar de lado algunas necesidades. Decidimos concentrarnos en educación, infraestructura y salud, temas que considero indispensables para el desarrollo y la reconstrucción. Ahora, conforme han pasado los años y se han registrado avances en esos temas, al tiempo que seguimos trabajando en ellos, hemos extendido la lista de prioridades, incluyendo la agricultura, actividad económica de la que depende la mayoría de los habitantes del país.

¿Qué implicaciones conlleva ser la primera mujer presidente en África?

De cierta manera represento las aspiraciones y expectativas de todas las mujeres no solo de Liberia sino del continente entero, y eso implica para mí una gran responsabilidad. Una res-

pensabilidad que asumo con un fuerte compromiso y mucho entusiasmo pero también con enorme humildad. Quiero desarrollar mi papel con éxito, en nombre de cada una de estas mujeres, y así dejar la puerta abierta para todas las que vienen detrás de mí. Espero en algunos años más tener algo de compañía, es un tanto solitario ser la única falda entre tanto pantalón.

¿Un mundo gobernado por mujeres sería un mundo mejor?

No creo que veamos un mundo solamente gobernado por mujeres pero considero que un incremento en el número de mujeres que ostenten cargos de alto rango y toma de decisiones sería un mundo con menos guerras y conflictos armados, por la sensibilidad de la mujer hacia el género humano. Si se permite a las mujeres tener un rol más significativo en nuestras sociedades, estas serán mejores, más receptivas a las necesidades de la gente y más prósperas. Las mujeres podemos trabajar tan duro y competir tan bien como los hombres.

A varias décadas de la independencia, ¿por qué África no ha alcanzado su pleno desarrollo?

Si uno mira de cerca la historia de las naciones africanas, desde las luchas independentistas hasta los continuos golpes de Estado y conflictos civiles, se dará cuenta de que no ha habido un sendero consistente encaminado a construir un desarrollo progresivo para nuestros países. La falta de democracias estables ha minado las posibilidades de desarrollo y la verdadera emancipación. La herencia colonial, la imposición de modelos e ideas externas e, incluso, la interferencia de multinacionales, han prevenido que nos adueñemos de nuestro destino. Nos han impedido crear una agenda nacional basada en nuestros intereses y metas y respetuosa de nuestra cultura.

¿Qué tan benigna es la creciente presencia China en el continente?

Hablemos claro: hoy es China, ayer fue Europa. Pero China, a diferencia

de Europa, negocia con una África diferente y un liderazgo africano distinto, iluminado. Damos la bienvenida a China sin permitirle desviarnos de nuestras metas.

¿Tiene África algo que aprender de América Latina?

Creo que la mayoría de los países en América Latina ha logrado adueñarse de su desarrollo a través de la implementación de agresivas políticas domésticas que garantizan el éxito de sus objetivos de crecimiento. África está encaminándose en ese sentido pero considero que debería analizar más detenidamente la experiencia latinoamericana y aprender de ella.

¿Veremos en África nuevos Robert Mugabes, Idi Amins o Charles Taylors?

No puedo garantizar que no será así. Lo que tenemos que hacer es asegurarnos de enviar un mensaje a la gente previniéndola, buscando que sea muy cuidadosa al momento de elegir a sus líderes. Tendremos que depender de su inteligencia, de su concientización, a fin de alcanzar un verdadero liderazgo social.

¿Qué dirá la historia sobre el África del siglo XXI?

Dirá que África se erige como el arquitecto de su propio destino. —

— DIEGO GÓMEZ PICKERING

PREMIO NOBEL

MARIO VARGAS LLOSA O EL RETORNO POLÍTICO

Una sola cosa en común tienen todos los premios Nobel latinoamericanos: fueron o quisieron ser escritores de vanguardia y fueron o terminaron por ser hombres políticos. Es, por lo demás, lo que suele reprochárseles: a Neruda su comunismo, a Paz su lucidez, a Vargas Llosa su liberalismo. Es lo que en algunos casos apuró y en otros dificultó la llegada del premio. Es lo que les impide ser figuras

de consenso en sus propios países. Si todos esos genios se hubiesen dedicado solo a escribir —dicen los amantes de la literatura pura, de la pura literatura—, si no hubiesen cantado a Stalingrado, no hubiesen sido candidatos a presidente, si no hubiesen pasado su tiempo alimentando polémicas y fatigando cuerpos diplomáticos, si les hubiese gustado menos el poder y más los libros otro gallo nos cantaría a todos sus seguidores.

Atendiendo a ese deseo para los escritores menores de 35 años, nos dice la revista *Granta* en español, la literatura no rima ya con militancia. Y no es que los jóvenes carezcan de opiniones políticas ni de ocasiones para sorprenderse u horrorizarse con las presidencias y las oposiciones de sus países. Separan, eso sí, literatura y militancia, prefiriendo la primera lo más pura posible y la segunda lo más ecléctica que se pueda. Escriben, la mayoría, sin la intención de salvar o representar, o siquiera destruir, a sus países. Sus apuestas, como sus obsesiones, son personales, sus creencias son mixtas, sus dudas razonables. Viven en muchas partes, participan de muchos debates al mismo tiempo, sus patrias son los libros, el idioma, la esposa, la novia, el gato, los videojuegos, las citas de libros viejos que nadie más lee. Lo mismo o peor sucede entre los nacidos después de 1965, generación —la mía— que fue víctima y parte de una verdadera cruzada de despolitización literaria que ahora recién parece perder su fuerza. Una operación perfectamente orquestada desde revistas, diarios y universidades de ambos mundos para internacionalizar nuestras letras, para limpiarlas del polvo y la paja de las revoluciones que no llegaron. McOndo y el Crack —y también sus enemigos de la posvanguardia— eran eso después de todo: no el final del realismo mágico sino el combate para liberar al escritor de las obligaciones cívicas, geográficas o históricas que lo tenían aprisionado.

Escribir, libres de las contingencias, libros que podrían ser escritos en cualquier parte. Mostrar un estilo, exhibir algún talento, reciclar estímulos culturales —el Che y los Rolling, Pinochet y



El escritor encara la política.

el punk. Pero si el escritor, como nos explicaron hasta el cansancio, es ante todo una voz propia, una personalidad arrolladora, un imaginario original, una cierta prosa, un cierto estilo, ¿cómo explicar la fuerza de *La ciudad y los perros*, *La casa verde* o *Conversación en La Catedral*, libros que hacen preguntas urgentes en un estilo ante todo efectivo, que se adapta cada vez a su tema? Libros escritos por un joven peruano pero que son también de una generación, de una sensibilidad común. Obras de un imaginario particular pero también fruto de un debate común. ¿Cómo se explica que escritores tan distintos como Carlos Fuentes, García Márquez, Jorge Edwards o José Donoso perpetraran en los mismos años obras maestras que son también el choque de una sensibilidad y un país, una intuición y un discurso, una originalidad y cien lugares comunes? ¿Quién explica que cada uno, a su manera, viera declinar su edad de oro justo ese año, 1975, que *Granta* estableció como frontera —en cuanto al año de nacimiento— a la hora de buscar a sus nuevas promesas? Si la literatura en nuestro continente no es ante todo política, ¿cómo se explica que sus fechas de auge y caída coincidan justamente con las fechas de entusiasmo y decepción política del continente?

El *boom* solo se puede comparar a la llamada edad de oro de la novela rusa. Vargas Llosa, Donoso, Edwards y García Márquez solo tienen parangón con Gólgol, Tolstói, Turguénev y Dostoievski, una generación o dos de escritores y de libros que de un momento a otro pusieron en primer plano de

la historia una literatura, la rusa, hasta entonces completamente marginal. La censura a los libros de ensayo (que se disfrazaron de novelas) y la crítica básicamente política de Belinski marcó ese brusco florecimiento. En Rusia, como sucedería entre nosotros, la conspiración política fue una forma de arte, y la literatura una forma de conspiración política. No hubo espacio para una Jane Austen o un Montaigne entre los rusos. ¿Lo hay en Colombia, Chile o Venezuela? La élite rusa, como la latinoamericana (ambas carentes de una sólida clase media, ambas nutridas por un ansia de experimentación, ambas occidentales solo a medias), empieza y termina en la revolución. En torno a esa idea, a ese miedo, a ese intento, giran todos y cada uno de los clásicos de la literatura rusa del siglo XIX. Lo mismo se puede decir de la literatura latinoamericana del siglo XX. La revolución, siempre la revolución: Los que más se alejan de ella (Lezama o Borges) terminan aún más atrapados por sus consecuencias. La persecución de la que fueron víctimas, la perplejidad con la que se enfrentaron a un debate del todo ajeno a sus preocupaciones, enriqueció su obra, refinó sus procedimientos, les prestó esa energía definitiva que le faltó a Henri Michaux o a Saint-John Perse.

Estética, claro, pero sobre todo y ante todo ética. Neruda, Mistral, Paz, García Márquez, Vargas Llosa: ¿Es de verdad la política el pecado que debemos perdonarles a nuestros premios Nobel o es quizá la marca de fábrica de nuestra literatura? Lo que la hace la heredera más leal de las preocupaciones y los sueños del siglo XIX es que la novela pretendía contar la vida privada de las naciones. En Bélgica la vida interior puede ser apasionante y la política banal. Sucede todo lo contrario en Perú, Venezuela e incluso Chile. En el centro cívico de sus respectivas capitales es difícil no encontrarse con la vitalidad desnuda, temible a veces, apasionante, que en otras latitudes algunos buscan en drogas alucinógenas y en pesadillas intertextuales.

Lo que hace grande a Vargas Llosa es justamente todo lo que le impidió ser

su admirado Flaubert. Su talento está justamente en ser, en todos los sentidos —incluido el literario—, un escritor comprometido. La vitalidad de la literatura latinoamericana nace en parte de su relación convulsa con esa otra rama de la ficción que es la política. Vitalidad es quizás, justamente, lo único que uno podría echar en falta en las nuevas generaciones de escritores latinoamericanos, llenas de talentos seguros y probables. A primera vista, y a riesgo de apresurarme, diría que en ella sobran aciertos y faltan errores. La consagración de Mario Vargas Llosa, con sus logros y sus extravíos, sus obras de teatro, sus candidaturas, sus novelas y sus reportajes, vuelve a probar que no hay otro destino para quien escribe en este continente y en este idioma que asumir todos los riesgos hasta el final. Varga Llosa confirma así que toda la gracia —y mucha de la desgracia— de nuestra literatura consiste en que escribir aquí es todavía una aventura. —

— RAFAEL GUMUCIO

LIBERTAD DE PRENSA

LOS KIRCHNER VS. CLARÍN

Tres años atrás, el enamoramiento *Kirchner-Clarín* alcanzaba su momento estelar. El 29 de octubre de 2007, al día siguiente de las elecciones, la tapa del principal diario de la Argentina gritaba a sus lectores: “¡Cristina, 43.9%!”, y acompañaba el entusiasmo triunfalista con la foto de la flamante presidenta haciendo la V de la victoria bajo una lluvia de papelillos albicelestes. Era la consecuencia lógica de un largo idilio entre el mayor grupo comunicacional del país y los cuatro años de la exitosa presidencia de Néstor Kirchner. Cuatro años en los que ese apellido de origen germano pasó de ser completamente desconocido a convertirse en el más poderoso de la política del país. Pero pronto, muy pronto, todo cambiaría y los amantes se convertirían en enemigos íntimos.

¿Qué había ocurrido? Son dos las hipótesis. La primera: en medio del desgastante conflicto con los productores agrícolas acerca de las retenciones fiscales (marzo de 2008), los Kirchner pidieron apoyo al diario y este se lo negó, asumiendo una actitud crítica frente a un conflicto que se le había ido de las manos al Ejecutivo. La segunda: la promulgación de la Ley de Medios de parte del gobierno de Cristina, que obliga a la desinversión de los mayores grupos comunicacionales del país, a cambio de una mayor democratización en la propiedad de los mismos. Recordemos que el Grupo Clarín es propietario de canales de televisión, cadenas radiales, servidores de internet y principal accionista de la única empresa productora de papel para diarios, Papel Prensa. Paralelamente, el gobierno reactivó una espinosa causa judicial: la presunta apropiación de parte de la dueña del Grupo Clarín, Ernestina Herrera de Noble, de dos hijos de desaparecidos durante la última dictadura militar.

Hoy en día el enfrentamiento ha cobrado niveles virulentos y la batalla se libra en cada uno de los puntos de la agenda nacional. El campo, junto con todo su poder económico y su tradición, tiene en *Clarín* a un fiel aliado en las políticas —muchas veces patoteriles— con que defiende sus intereses. La inseguridad, que se ha ido incrementando de manera preocupante en los últimos años, es interpretada por el gobierno como una “sensación”, mientras los medios destinan abultado centimetraje y largas horas de tele a relatar asaltos y robos de bajo y medio pelo. La libertad de expresión, que se ha convertido en el comodín de toda discusión política, es enarbolada como bandera por el Grupo Clarín frente a la eventual aplicación de la Ley de Medios, una ley que a juicio de muchos era necesaria, y que viene a sustituir a la que está en vigencia, promulgada por los militares de la última dictadura. Incluso el fútbol ha sido alcanzado por esta áspera diatriba: el gobierno pactó con la Asociación del Fútbol Argentino, AFA, dirigida por el controversial y ya casi vitalicio Julio Grondona, la trasmisión de todos los partidos de la liga nacional a través del canal del Estado, quitándole el

negocio a los canales de cable del Grupo Clarín, lo que en definitiva se traduce en un subsidio directo al fútbol, ya no como deporte sino como entretenimiento. Por supuesto en temas de política internacional la actitud del periódico ha cambiado radicalmente. Si antes tenía una postura de sospechosa indiferencia o a veces de alcahuetería inexplicable con relación a los asuntos y negocios con Venezuela, ahora el mismo diario ha pasado a ocupar un rol de abierta crítica con respecto a los coloridos movimientos del presidente bolivariano.

Pero el último y más reciente capítulo de este choque entre los Kirchner y *Clarín* alcanza a la empresa proveedora de papel, Papel Prensa, y sin duda constituye no solo un escándalo de enorme envergadura sino el laboratorio donde podemos desnudar la forma de hacer política en la Argentina de los últimos treinta años. La empresa, cuya composición accionaria actual es *Clarín* (49%), *La Nación* (27%) y el gobierno (22%), es la única productora de papel periódico establecida en el país y provee a los 170 diarios que hacen vida en la Argentina. *Clarín* y *La Nación* compraron su parte de la empresa en la época de la dictadura a Lidia Papaleo, esposa del ex banquero David Graiver, de quien se presume que recibió dinero del grupo armado Montoneros, obtenido a su vez en millonarias operaciones de secuestro. La ofensiva actual del gobierno se basa en la denuncia de que dicha compra, ocurrida en 1977, se efectuó bajo amenazas de muerte de parte de los militares, y que tras ello se vieron beneficiados el Grupo Clarín en primer lugar, y también *La Nación*. La viuda Papaleo, que fue posteriormente secuestrada y torturada, ha declarado que vendió la empresa de su marido (muerto en accidente aéreo antes de la venta) bajo amenazas. Sin embargo, el hermano de Graiver, Isidoro, sostiene lo contrario: en el momento de la venta —dice— el gobierno militar aún desconocía la vinculación de Graiver con Montoneros, y por lo tanto la venta se realizó sin ningún tipo de presión.

Sea como fuere, la única proveedora de papel periódico en la Argentina fue y es Papel Prensa, lo que obliga a todos los

diarios del país a comprarle directamente, o de lo contrario importar. El gobierno pretende declarar de interés público la producción de papel para diario junto con su distribución y comercialización, lo que algunos interpretan como una maniobra para hacerse del control de la empresa y acallar las voces opositoras en los medios impresos. Si bien es un completo disparate que exista una sola empresa productora de papel periódico y que además se encuentre en manos de los dos principales diarios del país, tampoco es menos cierto que, si el gobierno la controla, con ello no haría más que trasvasar el monopolio de una mano a otra, cuando lo adecuado sería ampliar la oferta y democratizar el mercado. El caso ahora está en la justicia y promete ser uno de los mayores escándalos de los últimos tiempos, donde no quedará títere con cabeza.

La pregunta que se hacen muchos es ¿por qué esto se devela ahora, después de 27 años? Los denunciantes dicen que no estaban dadas las condiciones políticas ni la seguridad garantizada. *Clarín* sostiene que se trata de una nueva ofensiva de parte del gobierno contra la empresa y la libertad de expresión. Y como es obvio, para los Kirchner hasta ahora no había sido necesario abrir una olla que eventualmente los salpicaría. Lo cierto es que la trama que une al poder político con el poder comunicacional de la prensa revela una vez más estar compuesta de hilos grises y muchas veces invisibles. Ambos poderes, los Kirchner y *Clarín*, se necesitaron para celebrar lo bueno y tapar lo malo, para alcahuetearse mutuamente, y a veces también para transmitir estabilidad a una población acostumbrada a las turbulencias. Lo cierto es que desde hace algunos años la política en Argentina prácticamente se ha reducido a la pelea frontal entre estos dos titanes, otrora amantes y hoy enemigos íntimos. Mientras tanto asistimos al deterioro del discurso político y periodístico, y los verdaderos problemas del país (mejorar la calidad de la educación pública o acabar con la desigualdad de oportunidades) siguen esperando su momento. —

— GUSTAVO VALLE